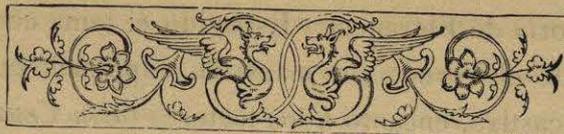


teresa la narración anecdótica de la campaña del Coronel improvisado. Su valor, su serenidad, su sangre fría en la batalla de Churubusco resaltan admirablemente, y la autoridad con que se impone al General Twiggs entre los contrarios, y al temerario Comandante D. José M. Hidalgo entre los propios, nos lo hace sumamente simpático.

De la pluma de Roa salieron dos manuales escolares, uno de Historia y otro de Geografía de Méjico. Del primero me decía que le había propuesto el Gobierno actual, que modificara ciertos puntos, y lo haría adoptar como libro de texto en las escuelas oficiales. El, siempre fiel á su axioma: *Quod scripsi scripsi*, rehusó absolutamente. Yo de buena gana lo impondría como texto á mis escuelas católicas, terminándolo, verídicamente, hasta el día de hoy, abreviando casi todas las respuestas sobre el gobierno de los virreyes y presidentes, ampliando lo que se refiere á la Iglesia, y omitiendo, casi en su totalidad, los *mitos* sobre las tribus indígenas anteriores á la dominación española. A la categoría de *mitos* consigno igualmente la *Historia anecdótica de los tiempos anteriores á la conquista*. Muchos la admiran y yo también la considero muy valiosa; pero solo como *mitología* indiana; no como historia verídica y bien fundada. No obstante, estoy dispuesto á rectificar este mi juicio, como todas las demás opiniones que aventuro, y que salen del camino trillado.



## XIV.

**E**N el género de literatura, que menos estimó, y que casi no tomó á lo serio, es en el que Roa ha sido últimamente más admirado y con mayor entusiasmo elogiado: *en la novela corta*. Muchas escribió en la primera, y en la última época de su vida; pero aquéllas fueron en su mente armas de combate, ó juguetes literarios para dar variedad á su periódico; las últimas, mero entretenimiento con que llenar los ocios de su verde vejez, ó complacer á sus amigos. *La Quinta-Modelo*, publicada en *La Cruz*, justifica por sí sola la exactitud de mi aserto. La caricatura tan perfecta que delineó con mano maestra de los tribunos de aquella época, de sus discursos, de sus utopias, de sus fracasos, produjo quizá mayor efecto que los brillantes artículos de controversia que adornaban las Revistas y periódicos que redactó. Con la misma intención dictó la poesía humorística titulada: "la Bata de Martín." *Buondelmonti* es un episodio de la época que más se presta para romances en

la historia de Florencia. Escogido el tema con tino, tramado el enredo con maestría, expresado con lenguaje castizo, encantó á los lectores de *la Cruz*, y ha deleitado á los que en épocas posteriores lo han leído. ¿Podemos decir otro tanto de *Una flor en su sepulcro*? Ha sido muy admirada; pero se me figura que su excesivo romanticismo hará que viva menos en la memoria de los hombres, que las novelas antes citadas.

Hacia el año de 1877 ó 1878, Don José Joaquín Terrazas, que aún no desafiaba á los Arzobispos de Méjico, ni se declaraba pretendiente al fantástico *trono Guadalupeño*, formó una *Sociedad Literaria*, á que dió el nombre del gran Prelado de Valladolid de Michoacán, *Munguía*. De cuando en cuando celebraba en su casa tertulias literarias, costeadas por el Arzobispo, Sr. Labastida, á que solíamos concurrir Roa Bárcena y yo. En una de ellas leyó el hermoso cuento "El Rey y el Bufón" que, al publicarlo, dedicó á mi persona. En otra nos deleitó con la lectura de *Lanchitas*. En esta clase de lectura en prosa, en salones no muy grandes, era Roa, maestro consumado, y la dulzura de su voz, la gracia con que acentuaba ciertas expresiones y frases, y lo sobrio de su acción, daban á una novela leída por el autor una fuerza, un encanto, y un significado, que por sí solo no habría descubierto un lector profano en la negra tinta tipográfica. En la declamación de sus versos no era igualmente feliz.

Muchas otras novelas cortas y cuentos brotaron de la pluma de Roa; pero no me parece oportuno enumerar una á una todas estas producciones, ni atribuirles mayor importancia de la que les dió el mismo autor. Más que los cuentos en prosa, las *novelas en verso* eran *su fuerte* y su delicia, y de ello nos suministra una prueba su última leyenda, *Vasco Núñez de Balboa*. La pongo entre las novelas, porque es de todas sus composiciones de este género, la que menos puede llamarse poema, y más debe apellidarse historia, ó cuento poético. Esto no quiere decir que no tenga versos magníficos y arranques de alta poesía. Si tal afirmara, me desmentirían los siguientes trozos.

«¡Siglo admirable en fe, vigor y arrojo!  
¡Siglo á la España de Isabel propicio!  
Si triunfante la Cruz brilla en Granada,  
El ibero no cabe en sus dominios.  
En carabela frágil sale en busca  
De otro mundo que en sueños ha entrevisto

.....  
Con la espada y la Cruz venciendo siempre  
A su afán de riqueza inmola al indio,  
Explora tierra y mar, funda ciudades,  
Y desde el Bravo helado al Hornos ígneo  
Congrega tribus, pueblos y naciones  
Bajo una sola fe y un cetro mismo»

«El Pacífico surge! En su entusiasmo  
Cae en la roca Núñez de rodillas,

Con voz interna en reverente pasmo  
Alabando de Dios las maravillas.

«Su sueño se ha cumplido; su deseo  
Ve coronado; lo demás ¿qué importa?  
Es el primer intrépido europeo  
Que fija en ese mar la vista absorta!

«¡Es su descubridor! Llama á su gente  
Y le señala el piélago lejano,  
Y en arenga, si rápida, elocuente,  
Las creces pinta del poder hispano.»

«Por más que injusto y ciego te desmandes,  
No infamarás de Vasco la memoria;  
Su pedestal eterno son los Andes,  
Y canta el Mar Pacífico su gloria.

«Ciencia y humanidad fallo severo  
Te reservan del tiempo en los arcanos,  
Y llevarás al tribunal postrero  
La cabeza de Núñez en tus manos!»



**P**ARECE que el carácter y educación de Roa le quitarían hasta la más leve tentación de escribir sobre crítica literaria. A la hora undécima acometió la difícil empresa, y publicó en 1887 su *Acopio de sonetos*. Empezando por Boscán y terminando por un desconocido mejicano, hacina sonetos y más sonetos de la musa castellana, escogidos unos con laboriosidad y tino, entresacados otros al acaso. Todos los comenta y examina, señalando con entusiasmo sus bellezas, indicando cortés y sobriamente sus defectos. En la última página se despide del lector con estas palabras, que nos dan la clave de toda la obra:

«Hay libros que al ponerles punto final no quedan acabados. . . . .»

«Queda mucho por espigar en cuanto á sonetos, en la España antigua y moderna, en las repúblicas sudamericanas y en nuestra misma Méjico. . . . .»

«Hasta aquí mi principal afán se ha encaminado á no fastidiar, y á ello obedecieron mis notas, parecidas á las cargas de los cosacos en ligereza y en lo exiguo del resultado.»

No logró del todo su objeto; pues hubo quien se fastidiara por no ver en el *Acopio* los sonetos de sus poetas favoritos, que de seguro se habrían incluido en una nueva edición, ó en un segundo tomo, según advierte el mismo autor en la *despedida* de que acabo de transcribir algunos párrafos. Como muestra de la crítica de Roa, voy á extractar sus comentarios á Lope de Vega y la censura de otro poeta moderno.

Del *Fénix de los Ingenios* transcribe nada menos que catorce sonetos, entre ellos el preciosísimo titulado *El Manso*, que califica en estos términos:

«Es el mejor soneto de Lope, y para mí de cuantos conozco. Es modelo acabado de sentimiento, de propiedad y belleza en los accesorios é imágenes; y en su terminación hay verdad palpable, exquisita delicadeza, y aquel rasgo poético, *Que aun tienen sal las manos de su dueño*, rasgo que no se presta al análisis, pero que conmueve y enternece. . . . . Las noticias malamente publicadas acerca de la vida íntima del autor, me inducen á creer que tal soneto le fué sugerido por la pérdida de una hija, blanco de la codicia de un noble que acabó por robársela.»

Es justísima la crítica literaria; pero las conjeturas acerca del motivo del soneto y de su oculto significa-

do me parecen muy aventuradas, como voy á explicar más abajo. Por ahora oigamos estas observaciones de Roa, dignas de llamar nuestra especial atención.

«En los mejores sonetos y en algunas otras composiciones líricas de Lope, se halla el *ritmo*, que según los inteligentes, constituye la primera y más esencial calidad del arte y del talento poético; siendo su falta la que menos se disimula al poeta, por suponerse que canta, y que *por medio del oído* ha de dirigirse al corazón y á la fantasía. Creo, pues, oportuno reproducir aquí la siguiente bellísima definición dada por Don Manuel José Quintana.

«Si se nos preguntase en qué consiste este ritmo, responderíamos con un elocuente escritor que el ritmo consiste en un conjunto particular de expresiones delicadamente escogidas; en una distribución de sílabas lentas ó rápidas, sordas ó agudas, ásperas ó suaves, alegres ó melancólicas; en un encadenamiento, en fin, de onomatopeyas análogas á las ideas de que el poeta está fuertemente poseído, á los sentimientos que le agitan, á las imágenes que le ocupan, á las sensaciones que quiere producir, á la naturaleza, movimiento y carácter de las acciones y pasiones que se propone expresar. Así el ritmo es la imagen de lo que pasa en el alma del poeta, manifestada por las inflexiones de su voz, por sus degradaciones sucesivas, por los pasajes y tonos diversos de un discurso; dón na-

tural que nace de la sensibilidad de los órganos y de la movilidad del alma; secreto que ni se aprende ni se comunica, ni puede tampoco reducirse á reglas.»

Dejemos por un momento á Roa y á Quintana disertando sobre el misterioso ritmo, y bajemos de un salto al poeta moderno que anuncié al principio.

#### LAS PALMAS.

Crecen dos palmas su ramaje alzando  
En orillas opuestas de un torrente,  
Sin juntar nunca su follaje ardiente,  
Sin unirse jamás, mas siempre amando.  
Crecen, las frentes tristes inclinando,  
Hasta que airado el ábrego inclemente  
Las sepulta á la par en la corriente,  
Juntos sus troncos á la mar llevando.

Asi también tu suerte de mi suerte  
Separa ¡oh Julia! piélagos enemigo  
Y muero solo y mísero sin verte.

En vano en mi delirio te persigo,  
Que en las espesas sombras de la muerte,  
La tumba sólo me unirá contigo.

Comentando este espléndido soneto, dice Roa: «El símil de las palmas —de que con posterioridad á 1840 se ha abusado mucho— le presta cierta belleza. La excelente construcción de los cuartetos da pasaporte á sus cuatro gerundios, admirados de verse juntos, y que de cierto excitarán el enojo de algunos filólogos, á cuyo brazo los entrego.»

Acepto la entrega de mi buen amigo, y le aseguro que ni yo, ni el más escrupuloso preceptista, censurará los gerundios de los cuartetos, ni los asonantes de los tercetos. Es que en todo el soneto hay ese *ritmo* de que hablábamos hace poco, y al leerlo, al oírlo, al recordarlo, se conmueven todas las fibras del corazón; y á los que conocimos al poeta antes y después, nos hace la impresión de un vaticinio, de una solemne profecía.

Yo no contaba más que cinco años; pero mi padre, ministro del Presidente Herrera, tenía por precisión que tratar al Plenipotenciario español que tan importante papel desempeñó en Méjico en aquella época y eran frecuentes las mutuas visitas. Veinte años después, el niño, ya Prelado del Papa, reanudó relaciones con el poeta, que llevaba triple título de Marqués, Duque y Príncipe, y se elevaba como colosal palmera, á orillas no de impetuoso torrente, sino de histórico y sagrado río fácilmente navegable. A la margen opuesta descollaba otra palma real todavía más gigantesca . . . . . y al pie de la letra se realizó lo que hacia los años de 1846 leía todo mejicano en cierto volumen de poesías publicado hacía poco. No cometo indiscreción alguna en esta narración. El Príncipe (aunque Roa dice que se le calificaba de escéptico) murió cristianamente; y en su testamento, que vió la luz pública, refirió la historia de los románticos amores.

Ahora bien, quien conozca esta historia, pero ignore la fecha en que fué escrito el soneto, podrá asegurar que fué inspirado por los amores imposibles de los personajes que en ella figuran, y no por sucesos olvidados ahora, y que se verificaron un cuarto de siglo antes que las aventuras italianas. ¿No sucederá lo mismo con las conjeturas de Roa acerca del soneto de Lope de Vega?

Al ver acopiados tantos bellos sonetos estudiados tan á fondo y comentados con tanto tino, necesariamente nos preguntamos: ¿por qué Roa Bárcena cultivó tan poco esta clase de poemas? Entre la multitud de leyendas, odas, himnos, canciones y elegías que escribió, apenas podemos contar algo más de sesenta sonetos. Se me figura que su primera formación poética le quitó el gusto, la inclinación y hasta cierto punto la facilidad para esta clase de poemas, exíguos en la forma, pero escabrosos como un canto épico, y que exigen mayor corrección, atildamiento, inspiración y elegancia que una oda. A todo esto no se prestaba el genio de Roa Bárcena. Los romances, endecasílabos ó menores, del Duque de Rivas, fueron su primer modelo; la leyenda, su género favorito, en el cual alcanzó gran soltura y maestría. Esta clase de composiciones, por su tamaño y su índole histórica ó novelesca, ni admiten ni requieren ese cuidado en la cantidad, el acento, la cesura, la elección de vocablos y la finura de rima indispensables

en el soneto. Se acostumbró el poeta á versificar con cierto comparativo descuido, y á desleir sus pensamientos en largas lucubraciones. Cuando trataba, por tanto, de condensarlos en catorce versos, se encontraba encadenado, no le cabían las palabras en tan pocas líneas, y la máxima *quod scripsi scripsi* que seguía en sus escritos en prosa, le impedía borrar, limar, refundir, abrillantar los sonetos.

En la mayor parte de los que escribió, falta ese ritmo, ese ritmo misterioso, ese ritmo inexplicable que admiraba en Lope de Vega. Hay, empero, no pocas excepciones. Forma la más notable, la serie de seis sonetos que le inspiró la muerte de su querido padre. De ella copio, con verdadero deleite, el número IV.

«Tras la agonía en calma y sin delirio  
Y el tránsito dichoso del cristiano  
Ahí tendido está: brilla en su mano  
La efigie de Jesús en su martirio,  
«La dulce palidez del blanco lirio  
Baña la grave faz del noble anciano,  
Y de su frente en el cabello cano  
Refleja su fulgor crujiente el cirio.  
«Bien la sagrada efigie lleva al pecho  
Quien le opuso de Cristo en las banderas,  
De la impiedad al impetu deshecho;  
«Y hasta en las horas del vivir postreras  
Tuvo feliz bajo el humilde techo  
A la fe y la virtud por compañeras.»

Aquí sí hay ritmo, aquí hay sentimiento, aquí se

transparenta cierto dón de profecía. ¡Parece su propio retrato treinta y cuatro años después! Si no fuera tan largo, quedaría bien como inscripción en su sepulcro.

En los dos sonetos á la muerte de su hermano Rafael, hay el mismo delicado sentimiento, el mismo cariño; pero falta el ritmo. En otro, de índole bien diversa, sí aparece este incomprensible *ritmo*, como van á juzgar los lectores.

#### LA NUEVA ESPOSA.

«Mirto y rosa y laurel, doble trofeo

A tu ingenio y beldad, huella tu planta:

La dicha á coronarte se adelanta,

Risueño su ademán, gentil su arreo.

«Si amanece, halagando tu deseo,

Fúlgido el sol, su claridad no es tanta

Como ésta en que bañó serena y santa

Tu nuevo hogar la antorcha de himeneo.

«Brille en él, en feliz perenne día

Y no olvides, si amaga su luz pura

Nublar acaso tempestad sombría,

«Que contra el rayo de la suerte dura,

Si el escudo del hombre es la energía

Son tu escudo el amor y la dulzura.»

Inspiró esta composición el casamiento de otra hija del poeta Pesado, Isabel, poetisa también ella, con el riquísimo Don Antonio de Mier y Celis. Murió este señor en París, siendo Ministro Plenipotenciario de

Méjico, y dividió sus inmensas riquezas entre su esposa y el Sumo Pontífice. Agradecido Su Santidad por tamaña largueza, confirió á la viuda el título de *Duquesa de Mier*, que actualmente lleva con brillo en la opulenta Capital de la República Francesa.